



Talmíd תלמיד “una palabra hebrea la cual significa un verdadero discípulo que desea ser lo que el Rabí Jesús es.”

El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo. 1 Juan 2:6 (RVR)

VOLUME 1, ISSUE 4

1 DE NOVIEMBRE DE 2,006

PROCURA CON DILIGENCIA PRESENTARTE A DIOS APROBADO, COMO OBRERO QUE NO TIENE DE QUÉ AVERGONZARSE, QUE USA BIEN LA PALABRA DE VERDAD. 2 TIMOTEO 2:15

Los pastores somos personas: Conservemos viva nuestra alma

Pastor Eddie Idefonso

Quiero hacer hincapié en el peligro de la vocación espiritual. Me temo que este artículo va a sonar como malas noticias, pero creo que podemos traer sanidad para nuestra vocación si conocemos los principados y potestades que pueden venir a distraernos de nuestro llamamiento.

A veces la profesión del ministerio no ha fortalecido la fe de aquellos llamados a esta vocación. La vocación pastoral les ha llevado a ser inmunes al mismo evangelio que han proclamado. Palabras como evangelio, perdón y nueva vida parece como si solamente tuvieran aplicación para los miembros, pero no para los pastores. La experiencia trágica de tantos ministros es suficientemente común para hacer que muchos pastores se pregunten: ¿Soy inmune a esta enfermedad que destruye a tantos de mis compañeros?

Los problemas que enfrentan los ministros

Muchos pastores hablan acerca de la dificultad que tienen en su adoración personal de Dios. Los pastores dirigimos la adoración y, no obstante, nosotros mismos tenemos problemas en adorar. Actividades tales como la oración y la lectura reflexiva de las Escrituras pueden haber llegado a convertirse en simples herramientas de trabajo hasta el punto de que estas disciplinas espirituales ya no alimentan el alma de los pastores. Los pastores pueden verse a sí mismos que cumplen correctamente con los requerimientos de la fe y hablan mucho acerca de ello, pero están inseguros sobre sus verdaderas creencias. Rebajar lo sagrado es difícil de evitar, si lo que recomendamos a otros no es una fuente de temor reverencial en nuestra vida personal. Uno de los problemas más graves de la práctica del ministerio es la incapacidad de los pastores de recibir sustento de las prácticas que son normativas para otros cristianos.

Todos los pastores necesitan hacer provisión para su propia necesidad de adoración. Asistir a una iglesia de otra denominación que difiere bastante de la nuestra despierta menos la facultad crítica porque tenemos menos información y experiencia, y es mucho menos probable que critiquemos lo que es nuevo y diferente. Los ministros evangélicos que asisten a cultos religiosos de tipo monástico de una comunidad religiosa descubren que el culto difiere bastante de lo que requiere aprender cosas nuevas, y las horas de los cultos permiten que el pastor pueda acomodar su propio horario y asistir.

El ministerio pastoral demanda mucho de los que lo practican. Los ministros con muchos años de experiencia dicen que el ministerio ya no resulta tan atractivo. Las luchas internas de las iglesias parecen ser cada vez más frecuentes y venenosas.

Muchas congregaciones son lugares de considerable conflicto. Los pastores a menudo son arrastrados al centro del conflicto y todos los grupos les culpan de lo que anda mal. El nivel de estrés para los pastores es alto; el precio por mantener la paz entre las partes en guerra demanda mucha energía. Los ministros también lidian con personas muy problemáticas de manera regular. Los pastores son los primeros en ser buscados por los que son incapaces o no están dispuestos a tratar con psicólogos y psiquiatras, bien porque no pueden afrontar los gastos o porque temen las consecuencias de verse enredados en el sistema. De manera que a todos los niveles, institucional y personal, los pastores se ven involucrados en actividades de mucho estrés.

Las congregaciones hoy esperan que los ministros vayan más allá de las tareas tradicionales de predicar, dirigir la adoración y pastorear a los enfermos y enlutados. Esperan que el pastor sea un experto en manejar los conflictos, un evangelista que atraiga nuevos miembros - especialmente jóvenes y familias acomodadas- y alguien que de alguna manera sepa manejar los asuntos espirituales y temporales de la congregación, además de predicar sermones inspiradores y prestar atención a las necesidades personales de los miembros de la iglesia.

En la mayoría de las congregaciones, cualquiera que sea la forma de gobierno de la denominación, los miembros pueden intentar deshacerse del pastor con cuidadosa planificación, hábil organización y trabajo duro. Unos pocos laicos muy dedicados parecen estar especializados en la práctica de destruir pastores. Estas personas, a quienes G. Lloyd

Rediger ha llamado «**mata pastores**», operan con eficacia en muchas congregaciones. «**Los mata pastores típicamente tienen un poder intimidante porque están dispuestos a violar las normas del decoro y del amor que los demás tratamos de seguir. Esto es poderoso en un nivel subconsciente porque sentimos que tales personas están dispuestas a intensificar la pelea y usar tácticas que no nos permitimos a nosotros mismos**»¹

El éxito incrementa su apetito por más. Su actividad no es completamente consciente; los que se involucran en maltratar a los pastores pueden hacerlo por razones que están más allá de su comprensión. Lo que ellos saben es que el pastor los ha desilusionado. Para ellos es un perezoso o incompetente; está hambriento de poder o es irresponsable; actúa con favoritismo o es distante; es desorganizado o rígido. *En resumen, el pastor no puede satisfacerlos.*

Los enfrentamientos con estos «**mata pastores**» hacen que el pastor se vuelva desconfiado y amargado. Tanto la suspicacia como la amargura son enfermedades espirituales que dañan el espíritu. Los pastores profundamente heridos se hacen susceptibles, y la práctica del ministerio los destruye. Dañados espiritualmente quedan desilusionados y cínicos en cuanto a los altos ideales que tuvieron al comienzo de su ministerio pastoral. Los espíritus dañados pueden buscar venganza contra los que los han dañado o en contra de los miembros en general. El cinismo entre los ministros puede llevarlos a aprovecharse de aquellos miembros de iglesia que acuden a

ellos confiadamente.

Además de descuidar nuestra salud espiritual, los pastores podemos descuidar o maltratar nuestro cuerpo como consecuencia del estrés que se crea al tratar con altos niveles de conflicto. Podemos ignorar las señales que nuestro cuerpo emite por el descanso tan necesario y seguir adelante hasta que las señales del estrés aparecen como una de varias enfermedades graves. En el fondo, el problema del ministerio pastoral es un problema espiritual. Todo pastor necesita estar preparado para los días malos cuando las defensas están bajas, cuando nuestra fe parece como un sueño tonto, cuando la vida está profundamente desilusionada; necesita vivir de tal manera que nutria la fe como alimento del alma; necesita ponerse toda la armadura de Dios como un escudo en contra del veneno espiritual de la amargura, el cinismo, la desesperación, la duda en cuanto a sí mismo y la incredulidad.

Fuentes de ayuda y apoyo

La práctica regular de las disciplinas espirituales protege a las personas de la tendencia a agotarse a sí mismas y sus recursos espirituales. Estas prácticas pueden ayudar a los pastores a no quemarse con la correspondiente pérdida de energía. Algunos pastores evidencian el agotamiento yendo a través de la rutina sin ninguna clase de pasión. Se sienten vacíos de inspiración por causa de ideales que quedaron comprometidos y por el rechazo de planes excelentes a manos de congregaciones poco dispuestas al cambio. Prestarle atención regular al cuidado de nuestra propia alma no es opcional para los pastores; puede ser el único

camino para continuar con la práctica del ministerio sin perder nuestra alma en el proceso.

Todo pastor necesita a alguien que pueda servir como mentor o guía sabio. La obra del ministerio es demasiado peligrosa para hacerla por uno mismo. Nuestro individualismo tan altamente valorado lo estamos pagando caro; el precio que pagamos por nuestra libertad es soledad y aislamiento. Muchos pastores no tienen a nadie a quien volverse para consejo, corrección o ánimo. No se atreven a hablar de sus más íntimas necesidades y deseos con aquellos de dentro de la congregación por temor a destruir la relación pastoral. Puede que tampoco hablen de corazón con los dirigentes de la estructura denominacional por temor de que no saquen buena opinión de él y lo pasen por alto en las promociones. Quizá que no confíen en sus colegas en el ministerio por temor a no parecer fuerte y respetable por amor de la congregación en la que sirven. Sus cónyuges no pueden llevar todo el peso de la responsabilidad de aconsejarlos y apoyarlos.

Todos los que hemos perdido el sentido de lo santo porque tocamos las cosas santas todo el tiempo puede que necesitemos una persona neutra que nos ayude a reencontrar el camino de un descubrimiento continuo de la presencia de Dios en nuestra vida. La mayoría de los pastores necesitan encontrar un director espiritual que esté dispuesto a ayudarlos a mantenerse espiritualmente vivos. El director espiritual puede asistir al pastor a tratar con los asuntos de fe y dudas, con cuestiones de estrés y amargura; puede ser la persona que le ayuda a mantener viva su fe en los días más oscuros. Sobre

todo, el director espiritual es alguien ante quien el pastor es responsable. Saber que somos responsables ante alguien por nuestras acciones y pensamientos puede evitar que los hábitos de amargura y cinismo lleguen a arraigarse.

Los terapeutas también sirven como personas valiosas en la vida de los pastores. El terapeuta puede ser el especialista a quien el pastor se atreva a decirle la verdad acerca de sí mismo. Pero a menos que el terapeuta sea una persona de fe, quizás esté mal equipado para ayudar al pastor con cuestiones de fe y dudas, y asuntos personales como la sexualidad, el poder, la autoridad y la competencia. Junto con un terapeuta, un director espiritual puede ayudar al pastor a trabajar con asuntos que tienen que ver con cuestiones de fe personal, relacionados con el sentido del llamamiento de Dios, el sentido de la presencia continua de Dios, la práctica de la oración, fortalecimiento de la vida interior para resistir el poder del cinismo.

Muchos pastores tienen dificultades para encontrar a alguien a quien puedan acudir de forma regular. Dejados a nuestros propios recursos, somos incapaces de reconocer nuestras propias heridas, y mucho menos sanarlas. Podemos ser nuestro peor consejero y, no obstante, eso es lo que tratan de hacer un gran número de pastores. Debido a que estamos capacitados para ayudar a otras personas, creemos que no necesitamos la ayuda de nadie. Puede incluso suceder que creamos que buscar ayuda es una manifestación de falta de fe. De manera que nos seguimos esforzando hasta que caemos aplastados por la carga.

Los pastores aislados geográfica-

mente de fuentes de ayuda pueden haber creado sus propias relaciones de ayuda por medio del teléfono o del correo electrónico. Es posible formar un pequeño grupo de pastores u otros profesionales en la comunidad que pueden ser capaces de ser honrados unos con otros, que pueden mantener confidencias, y que están relativamente libres de la necesidad de ser mejores que sus compañeros. Este grupo de apoyo puede proveer una fuente significativa de fortaleza espiritual para los miembros siempre y cuando trabajen juntos por un tiempo para edificar la necesaria confianza.

El examen y reconocimiento de uno mismo

Además de estas relaciones, los pastores debemos aceptar la responsabilidad de mantener nuestra propia fe como una disciplina personal. Los pastores no pueden evitar el esfuerzo que la disciplina personal trae consigo, aunque parece que resulta más difícil para algunos que para otros y, por supuesto, los métodos de mantener la disciplina espiritual varía de persona a persona. Con la ayuda de amigos confiables, podemos llegar a vernos a nosotros mismos con honestidad y descubrir tanto nuestras cosas buenas como nuestras debilidades potenciales.

Ser conscientes de cómo crecemos y llegar a ser lo mejor que podemos ser es importante; solamente entonces podremos practicar aquellas disciplinas que nos serán más beneficiosas. Por ejemplo, si necesitamos estar a solas para recargar las baterías después de habernos gastado ministrando a otros, necesitamos entonces establecer un tiempo regular de

culturales que unas veces le abrió camino, y otras le sirvieron de obstáculo. A fin de comprender la vida cristiana en esos primeros siglos, debemos detenernos a exponer, siquiera en breves rasgos, esas circunstancias políticas y culturales.

El Imperio Romano le había dado a la cuenca del Mediterráneo una unidad política nunca antes vista. La política del Imperio fue fomentar la mayor uniformidad posible sin hacer excesiva violencia a las costumbres de cada región. Esta había sido también antes la política de Alejandro. En ambos casos su éxito fue notable, pues poco a poco se fue creando una base común que perdura hasta nuestros días. Esa base común, tanto en lo político como en lo cultural, fue de enorme importancia para el cristianismo de los primeros siglos.

La unidad política de la cuenca del Mediterráneo les permitió a los primeros cristianos viajar de un lugar a otro sin temor de verse envueltos en guerras o asaltos. De hecho, al leer acerca de los viajes de Pablo vemos que el gran peligro de la navegación en esa época era el mal tiempo. Unos siglos antes, los piratas que infestaban el Mediterráneo eran de temerse mucho más que cualquier tempestad. Los caminos romanos, que unían hasta las más distantes provincias, y algunos de los cuales existen todavía, no fueron ajenos a las plantas de los cristianos que iban de un lugar a otro llevando el mensaje de la redención en Jesucristo. Puesto que el comercio florecía, las gentes iban de un lugar a otro, y así el cristianismo llegó frecuentemente a alguna nueva re-

gión, no llevado por misioneros o por predicadores itinerantes, sino por mercaderes, esclavos y otras personas que por diversas razones se veían obligadas a viajar. En este sentido, las condiciones políticas de la época fueron beneficiosas para la diseminación de la nueva fe.

Pero hubo también otros aspectos de esa situación que sirvieron de reto y amenaza a los primeros cristianos. Puesto que el Imperio intentaba lograr la mayor uniformidad posible entre sus súbditos de diversos orígenes, parte de la política imperial consistía en fomentar la uniformidad religiosa. Esto se hacía mediante el sincretismo y el culto al emperador.

El sincretismo, que consiste en la mezcla indiscriminada de religiones, fue característica de la cuenca del Mediterráneo a partir del siglo III a.C. Dentro de ciertos límites, Roma lo impulsó, pues el Imperio tenía interés en que sus diversos súbditos pensaran que, aunque sus dioses tenían distintos nombres y atributos, en fin de cuentas eran todos los mismos dioses. Al Panteón romano se fueron añadiendo dioses provenientes de las más diversas regiones. (La palabra Panteón quiere decir precisamente “templo de todos los dioses”.)

Por los mismos caminos por los que transitaban los mercaderes y misioneros cristianos transitaban también gentes de muy variadas religiones, y todas esas religiones se entremezclaban y confundían en las plazas y los foros de las ciudades. El sincretismo era la moda religiosa de la época.

En tal ambiente tanto los judíos como los cristianos parecían ser gentes intransigentes, que insistían en su Dios único y distinto de todos los demás dioses. Por esta razón, muchos veían en el judaísmo y en el cristianismo un quiste que debía ser extirpado de la sociedad romana. Pero fue el culto al emperador el punto neurálgico que desató la persecución. Muchas veces esas persecuciones tenían características políticas, pues el culto al emperador era uno de los medios que Roma utilizaba para fomentar la unidad y la lealtad de su imperio. Negarse a rendir ese culto era visto como señal de traición o al menos de deslealtad. Luego, no son pocos los casos en que resulta claro que, al mismo tiempo que un mártir moría por su fe, quien le condenaba lo hacía impulsado por sentimientos de lealtad política.

Por otra parte, el sincretismo de la época también se manifestaba en lo que los historiadores de hoy llaman “religiones de misterio”, o sencillamente “misterios”. Estas religiones no centraban su fe en los viejos dioses del Olimpo —Zeus, Poseidón, Afrodita, etc.— sino en otros dioses de carácter más personal. En los siglos anteriores, antes que se desatara el espíritu sincretista y cosmopolita, cada cual era devoto de los dioses del país en que había nacido. Pero ahora, en medio de la confusión creada por las conquistas de Alejandro y de Roma, cada cual tenía que decidir a qué dioses le iba a prestar su devoción. Cada uno de estos dioses de los “misterios” tenía sus propios devotos, que eran aquellos que habían sido iniciados.

Por lo general, cada una de estas religiones se basaba en un mito

acerca de los orígenes del mundo, o de la historia del dios en cuestión. Del Egipto provenía el mito de Isis y Osiris, según el cual el dios Seth había matado y descuartizado a Osiris, y después había esparcido sus miembros por todo Egipto. Isis, la esposa de Osiris, los había recogido, y dado nueva vida a Osiris. Pero los órganos genitales de Osiris habían caído en el Nilo, y es por esa razón que el Nilo es la fuente de fertilidad para todo el Egipto. También por esa razón, algunos de los devotos más fervientes de este culto se mutilaban a sí mismos, cortándose los testículos y ofreciéndolos en sacrificio. Entre los soldados era muy popular el culto a Mitrás, un dios de origen persa cuyos mitos incluían una serie de combates contra el sol y contra un toro de carácter mitológico. En Grecia existían desde tiempos inmemoriales los misterios de Eleusis, cerca de Atenas. Los misterios de Atis y Cibele incluían un rito de iniciación llamado “taurobolia”, en el que se mataba un toro y se bañaba al neófito con su sangre. Dado el carácter sincretista de todos estos cultos, pronto unos se mezclaron con otros, hasta tal punto que en el día de hoy es difícil distinguir las características o las prácticas de uno de ellos en particular. Además, estos dioses no eran celosos entre sí, como el Dios de los judíos y de los cristianos, y por tanto hubo quienes se dedicaron a coleccionar misterios, haciéndose iniciar en uno tras otro de estos cultos.

Todas estas tendencias sincretistas, en las que se entrelazaban los viejos dioses con las religiones de misterio y con el culto al emperador, presentaron un fuerte reto al cristianismo naciente. Puesto que los cristianos se negaban a partici-

par de todo esto, frecuentemente se les acusó de incrédulos y de ateos. Frente a tales acusaciones, los cristianos podían recurrir a ciertos aspectos de la cultura de la época que parecían prestarles apoyo. A esto dedicaremos el capítulo VII de la presente sección de nuestra historia. Pero por lo pronto señalemos que hubo dos tradiciones filosóficas en las que los cristianos encontraron un nutrido arsenal para la defensa de su fe. Una de ellas fue la tradición platónica, y la otra el estoicismo.

El maestro de Platón, Sócrates, había sido condenado a morir bebiendo la cicuta porque se le consideraba incrédulo y corruptor de la juventud ateniense. Platón había escrito varios diálogos en su defensa, y ya en el siglo primero de nuestra era Sócrates era tenido por uno de los hombres más sabios y más justos de la antigüedad. Ahora bien, Sócrates, Platón, y toda la tradición de la que ambos formaban parte, habían criticado a los dioses paganos, diciendo que eran creación humana, y que según los mitos clásicos eran más perversos que los seres humanos. Por encima de todo esto, Platón hablaba de un ser supremo, inmutable, perfecto, que era la suprema bondad y belleza. Además, tanto Sócrates como Platón creían en la inmortalidad del alma, y por tanto en la vida después de la muerte. Y Platón afirmaba que por encima de este mundo sensible y pasajero había otro de realidades invisibles y permanentes. Todo esto fue de gran valor y atractivo para aquellos primeros cristianos que se veían perseguidos y acusados de ser ignorantes e ingenuos. Por estas razones, la filosofía platónica ejerció

un influjo sobre el pensamiento cristiano que todavía perdura.

Algo semejante sucedió con el estoicismo. Esta escuela filosófica —algo posterior al platonismo— enseñaba doctrinas de alto carácter moral. Según los estoicos, hay una ley natural impresa en todo el universo y en la razón humana, y esa ley nos dice cómo hemos de comportarnos. Si algunos no la ven o no la siguen, esto es porque son tontos, pues quien es verdaderamente sabio conoce esa ley y la obedece. Además, puesto que nuestras pasiones luchan contra nuestra razón, y tratan de dominar nuestras vidas, la meta del sabio es lograr que su razón domine toda pasión, hasta el punto de no sentirla. Ese estado de no sentir pasión alguna es la “apatía” y en él consiste la perfección moral según los estoicos. También en este caso podemos imaginarnos el atractivo de esta doctrina para los cristianos, que se veían obligados a enfrentarse repetidamente a las costumbres corruptas de su época, y a criticarlas. Puesto que los estoicos habían hecho lo mismo, en sus ideas y escritos los cristianos encontraron apoyo para su defensa y propaganda. Al igual que en el caso del platonismo, esto acarrea el peligro de que se llegase a confundir la fe cristiana con estas doctrinas filosóficas, y que así se perdiera algo del carácter único del evangelio. No faltaron quienes, en un aspecto u otro, sucumbieran ante esa tentación. Pero ello no ha de ocultarnos el gran valor que estas doctrinas tuvieron en la primera expansión del cristianismo.

Según el apóstol Pablo, el cristianismo penetró en el mundo

“cuando vino el cumplimiento del tiempo”. Quizá alguno podría entender esto en el sentido de que Dios les facilitó el camino a aquellos primeros cristianos. Y no cabe duda de que mucho de lo que estaba teniendo lugar en el siglo primero facilitó el avance de la nueva fe. Pero también es cierto que esos mismos acontecimientos le planteaban a la iglesia difíciles retos que exigían enorme valor y audacia. El “cumplimiento del tiempo” no quiere decir que el mundo estuviera listo a hacerse cristiano, como una fruta madura pronta a caer del árbol, sino que quiere decir más bien que, en los designios inescrutables de Dios, había llegado el momento de enviar al Hijo al mundo a sufrir muerte de cruz, y de esparcir a los discípulos por ese mismo mundo para dar ellos también costoso testimonio de su fe en el Crucificado.



West Los Angeles

Centro Cristiano Palabra Viva

6520 Arizona Avenue
Los Angeles, CA 90045 USA
(310) 645-2522 or (310) 665-0137

Email: admin@wlawcc.org
Web Site: www.wlawcc.org

